

TANKA

De noche, en el
lóbulo de mi oreja,
oigo latidos.
Océano extraño,
agua que me ahogará.





Un Dios pequeño
y juguetón

VIEJO PUEBLO

“La tierra y el mar van al unísono”,
así decía el viejo marinero.
“No se puede pescar en un huerto sin frutos.”

Justo cuando apuntan los nuevos brotes
se acercan los peces a la costa. Dicen que en tierra y mar
es temporada al mismo tiempo.

El nuestro es un viejo pueblo, es cierto,
tienen miles de años nuestras palabras.
El nuestro es un viejo pueblo, es cierto,
pero sabemos cómo querernos.

Se ha prolongado una fría primavera,
no ha sido fácil que la tierra se templara.
Los frutos asoman tímidos en los huertos de la mar.

Las nubes recorren el cielo presurosas,
comienzan a secarse los húmedos adoquines.
Las nubes recorren el cielo presurosas,
y nosotros sabemos cómo querernos.

Aquí donde estoy me quedaré:
el mar necesita de la tierra,
tal como uno necesita del prójimo.

El nuestro es un viejo pueblo, es cierto,
tienen miles de años nuestras palabras.
No falta dolor entre nosotros, es cierto,
pero sabemos cómo querernos.

Las nubes recorren el cielo presurosas,
comienzan a secarse los húmedos adoquines.
Rayos de sol despuntan en el cielo
y nosotros sabemos cómo querernos.



UN DIOS PEQUEÑO Y JUGUETÓN

Quisiera ser aquel dios que dibujó tus lunares,
aquel dios pequeño y juguetero
que pintó en tu piel puntitos a millares.

Me encantan tus lunares,
me gusta ir contándolos como si fueran estrellas,
y encontrarme cada día con un nuevo astro,
como un astrónomo que descubre una supernova
oculta en algún lugar recóndito de tu espalda
o debajo de tus pechos.

Me gusta recorrer tu piel con mis dedos,
ir siguiendo las líneas invisibles
que van creándose entre los distintos planetas.
Despacio, muy despacio, como el más preciso telescopio.

Tú dices que no te gustan,
que preferirías no tener ningún lunar
en tu piel tan blanca y lisa.
Pero qué iba a ser de mí entonces,
marinero sin rumbo en la noche cerrada.

Recuerdo que te pedí un lunar
la noche en que nos conocimos.
Ese lunar que tienes junto a un ojo.
Me bastaba esa pequeña Ítaca
para construir en ella mi casa.
Y tú, generosa, me dijiste:
serán todos para ti,
si adivinas cuántos tengo en total.

Quisiera ser aquel dios que dibujó tus lunares,
aquel dios pequeño y juguetero.
Y besar tus lunares cada noche,
uno a uno, con mucho cuidado,
para que no se te despeguen.



EN MITAD DEL PUENTE

Porque también el agua del río es una bandera.

YEHUDA AMIJAI

En el puente sobre el río Artibai,
con mis brazos apoyados en la baranda.

Veo una garza sobre el esqueleto
de un viejo barco de madera.

Lo dejaron ahí pudriéndose,
tras la guerra, como represalia.

Las hojas muertas, sobre el agua,
van entrando río arriba.

Señal de que sube la marea.
Es mi momento preferido.

Porque estoy convencido de que el agua
no corre siempre en el mismo sentido.





CAMINO DE SAUSALITO

De San Francisco a Sausalito,
en este viejo coche destartalado,
voy cruzando el puente de acero.

Acudo al colmado de siempre,
los mexicanos sin papeles
me hablan de fútbol vasco.

Pienso en lo que dejaré
a mis hijos: una pequeña lengua,
algunos libros, y poco más.

Aquí, todos han sobrevivido:
John, que huyó del Sur racista;
Victoria, que lo hizo de la base militar de sus padres.

Por qué será que me siento tan libre.
Tan solo, tan lejos,
en este viejo coche destartalado.

Pienso en lo que dejaré
a mis hijos: una pequeña lengua,
algunos libros, y poco más.

LENDAKARI EN EL EXILIO

*Aquí todo me resulta extraño: los árboles sin raíces,
las casas sin cimientos, la lluvia de vidrio,
las flores con olor a cera.*

ZBIGNIEW HERBERT

El lendakari en el exilio se ha refugiado
en el vientre del monstruo: ha llegado a Berlín
huyendo de los nazis. Allí nunca lo buscarán.

Ha adoptado el nombre de un cónsul americano
y, ahora, aquel hombre decidido que reunía
a millares de personas en sus mítines,

aquel hombre tan seguro de sí mismo
que desde el balcón del hotel Carlton
arengaba a los voluntarios que iban al frente,

ahora viaja en tren completamente solo. En su fuga
ha perdido las maletas y, quién sabe,
quizá también su pueblo se le ha extraviado.

Al lendakari le recuerda a su hermana
–exiliada en Bélgica, muerta en un bombardeo–
una campesina alemana que le ofrece salami en el vagón.

El lendakari en el exilio lleva consigo
un solo libro, *Las vidas paralelas* de Plutarco.
Solo su lectura le ayuda a conciliar el sueño por las noches.

Lee una y otra vez el mismo pasaje,
el de Alejandro Magno, el emperador que apaciguó
a aquel caballo salvaje que nadie había podido dominar.

Tan solo le habló al oído y le dijo:
“No tengas miedo: lo que te persigue
no es otra cosa que tu propia sombra”.

El lendakari piensa que, algún día,
hablará a su pueblo igual que Alejandro a aquel caballo.
Le susurrará al oído, con cariño:

“No tengas miedo: lo que te persigue
no es otra cosa que tu propia sombra,
la sombra de cada uno de nosotros”.

TXIMIST, NUESTRO GATO

Nuestro gato *Tximist*
es un gato presumido.
Va a la peluquería
un par de veces al año;
un par de veces al año,
¡ni que fuera un actor!

Nuestro gato *Tximist*
es un gato muy casero,
sabe de los ratones
por la televisión;
por la televisión
se entera de todo.

Nuestro gato *Tximist*
es un gato juguetón,
un mordisco te dará
si no te andas con ojo;
si no te andas con ojo,
y con mucho tiento.

Nuestro gato *Tximist*
es un gato misterioso,
cuando no está de humor
no te hará ningún caso;
no te hará ningún caso,
¡qué le voy a hacer yo!

Nuestro gato *Tximist*
es un gato zalamero,
te engañará como a un tonto
restregándose en tu espalda;
restregándose en tu espalda
y llenándotela de pelos.

Nuestro gato *Tximist*
es un gato melindroso,
el pescado le gusta
pero sin espinas;
pero sin espinas,
¡en eso no admite bromas!

A pesar de todo, todos
queremos a nuestro *Tximist*,
que nos llena la casa
de maullidos y de pulgas;
de maullidos y de pulgas,
¡viva nuestro *Tximist*!

